



GRANDEZAS EFÍMERAS.

— ¡Cómo se fijan en mí!—se decía un caballerito de porcelana, que estaba encima de una consola, dirigiéndose á los objetos que le rodeaban.—Ahora, la luz del sol que se marcha, no puede reflejar á la pastorcita, mi compañera, en el espejo de enfrente donde siempre se está mirando: ¡habrá coquetona! ¡estaré más triste!... pues ¿y el cochecito de plata del que tiran dos cabritas que no se mueven?... ¡está envuelto en la sombra! ¡Yo sólo soy el que ocupa la atención general, me voy á estirar... así!

El muñequito de porcelana creyó estirarse.

— ¡Cómo brilla el dorado de mi traje! ¡Todos callan y me miran con envidia!

— ¡Mentira!— exclamó un reloj que medía el tiempo, asomando su

vieja cara por una ventana de la torre de un castillito.

— ¡Tin!... una... ¡tin!... dos... ¡tin!... ¡tin!... ¡tin!... nueve— contó gozosa la pastorcita.

Y el reloj pensó para sí:

— Ahora me miran todos y escuchan absortos las sonoras vibraciones de mi metálica garganta: ¡ah!...

Y aunque hubiera deseado estar charlando toda su vida, pronto volvió á su interrumpido silencio.

La pastorcita de porcelana, el caballerito de la misma pasta, el reloj del castillo y el cochecito de las cabras, todos, todos pensaban y creían desempeñar el más importante papel.

— ¡Pobre gente!—decía una vela blanca de esperma— ¡qué vanidosos!— ¡nadie se acuerda de mí, na-

die, porque me ven aquí, en este candelero, sepultada en el rincón de la rinconera; pero valgo yo mucho más que todos!

—¡Cállese la insolente!—gritó la pastorcita.—Valer más que yo, que desprecio al rendido caballero y que no hago caso...

—¿Cómo?—exclamó el caballero saltando de coraje—¡mira los dorados de mis vestidos y atrévete á despreciarme... si fuera á las cabritas!...

—¿Quién dice mal de las cabritas?—exclamaron éstas incomodadas—con nosotras juegan los niños de la casa, miétras que de vosotros nadie se ocupa...

Y si no hubieran estado enganchadas al cochecito de plata sucedería allí un cataclismo.

A su lado estaba un muñeco que tenía los brazos encolados, que tomó parte en la conversacion, diciendo:

—La pastorcita y el caballero de la consola, que son muy queridos en la casa, dirán el cariño que en ella me tienen, las cabritas están siempre con los niños, el reloj de vez en cuando se hace presente; pero ¿quién habló?... ¡una vela que ha estado hasta ayer encerrada en un paquete! ¡qué poca vergüenza!... ¡Despreciémosla!

Los muñequitos se bajaron de la consola por los labrados de las patas, y en el suelo, reunidos con el muñeco de los brazos encolados y

las cabritas y el coche, empezaron á jugar: despues tuvieron baile.

Ya se presume que el reloj presaría la música.

La vela estaba clavada al cuello del candelero, y allí lloraba como una Magdalena.

Pero la noche llegó y con ella los señores de la casa.

—¡Ay! ¿qué es esto?—dijeron—encendamos luz.

La vela tembló de gozo.

Poco despues decia:

—¡Andad... comparaos ahora conmigo, ved la luz clara que esparzo y oculto en las sombras á quien quiero!... comparaos conmigo.

Y así estuvo diciendo bravatas todo el tiempo que pudo.

—¡Ay! ¡ay! ¡que me quemó!—gritó de pronto el candelero—¡qué me quemó!

Lo oyó el ama y apagó de un soplo el residuo de la vela que tiró á un rincón.

Allí estuvo llorando toda la noche.

Pero un muñeco hecho pedazos, compañero del caballero y la pastora, le dijo para consolarle:

—Yo tambien tuve buenos dias; pero ¡ay! ¡todos concluimos!... no llores: así es el mundo.

Pero el cabo de vela no dejó de llorar hasta que al otro dia se encontró en la espuerta de la basura con la pastorcita y su compañero.

PEDRO GROIZARD.

UNA SIESTA BIEN APROVECHADA

(Continuacion.)

—Antes os he dicho que el sonido consistia en las vibraciones producidas en el aire por un cuerpo en movimiento y trasmitidas á nuestros oidos por este mismo aire,—siguió diciendo D. Enrique.—La luz tampoco es otra cosa que la impresion causada en nuestra vista por las vibraciones producidas por los cuerpos que están sometidos á una temperatura muy elevada. La luz se trasmite en línea recta, siempre que el medio en que se propague sea homogéneo, como el aire, por ejemplo; y su velocidad es tal que recorre 308.000 kilómetros por segundo. La velocidad del sonido en el aire es sólo de 340 metros por segundo, y en el agua de 1.425 metros. Esta diferencia entre la velocidad de la luz y la del sonido es lo que hace que, cuando miramos como disparan algun cañon, veamos la luz del fogonazo ántes de oír el estruendo de la descarga.

Que la luz se propaga en línea recta, nos lo prueban esos haces rectos que suelen formar los rayos del sol sobre el horizonte, ántes de la salida ó despues de la puesta de este astro, así como tambien ese fenómeno conocido con el nombre de *gloria*, que tiene lugar cuando el sol, oculto detras de una pequena nube,

dirige en todos sentidos sus rayos reunidos en forma de haces, ni más ni ménos que esas glorias que coronan las alturas de varias de nuestras iglesias.

—He visto varias veces esos rayos rectos que Vd. dice al salir ó al ponerse el sol; pero no recuerdo haber visto nunca ese fenómeno que Vd. llama gloria—dijo Anita.

—No será porque no sea bastante comun—añadió su papá.—Cuando la luz, en vez de propagarse por un medio completamente homogéneo lo hace por uno heterogéneo, es decir, cuando en su marcha tiene que atravesar cuerpos de diferente densidad, entónces sus rayos, en lugar de ser rectos, se quiebran, esto es, forman un ángulo más ó ménos abierto en el punto en que varía la densidad del medio que atraviesan. Este fenómeno es conocido con el nombre de *refraccion*, que es lo mismo que *desviacion*, y él es el que da lugar á la formacion del arco-iris. Ya sabeis, este arco sólo se forma cuando llueve; pero lo que tal vez no sepais es que para ello es preciso que el espectador se encuentre vuelto de espaldas al sol y de cara al punto en que llueve, así como que este astro no esté muy elevado sobre el hori-

zonte; esta es la razon de que el arco-iris sólo se vea por la mañana temprano ó por la tarde cuando el sol declina ya hácia su ocaso.

—Es cierto, nunca lo he visto al mediodía.

—Veamos ahora cómo se produce ese lindo fenómeno. Cuando los rayos solares encuentran en su camino las gotas de agua de la lluvia, como éstas son más densas que el aire, aquéllos se refractan, se quiebran, penetran en el interior de ellas, y en vez de pasar al otro lado, se reflejan en él como en un espejo, vuelven á refractarse al salir nuevamente de las gotas, y el color blanco de la luz se descompone en los siete colores de que os he hablado ántes y hieren nuestra vista formando ese arco encantador que tanto nos agrada contemplar.

—No entiendo bien lo que quiere Vd. decir con eso de la refraccion, —dijo Anita.

—Trataré de explicarme de otro modo, —dijo D. Enrique. —Vé á mi despacho y traéme un prensa-papeles triangular de cristal que hay encima de mi mesa.

La niña hizo lo que su papá la habia mandado, y éste añadió:

—El sol da ahora de lleno en las persianas de este balcon. Las abro, cierro los postigos, y, como veis, sólo puede penetrar un rayo de sol por ese agujero redondo que hay en la parte superior de uno de ellos.

Pongamos el prensa-papeles de modo que ese rayo de luz hiera oblicuamente una de sus caras. ¿Qué veis en la pared?

—Los colores del arco iris, —dijeron á una las dos niñas.

—Pues bien, mirad la direccion que sigue ese rayo de luz: cae oblicuamente sobre una de las caras de este prisma triangular, y, en vez de seguir en línea recta hasta el suelo, cambia de dirección, ó lo que es lo mismo, se refracta, sale por otra de las caras de aquél y refleja en la pared los siete colores componentes de la luz blanca. Lo mismo sucede con los rayos solares que dan en las gotas de agua; se reflejan en la cara interior de éstas, que hace las veces de pared, y producen el arco iris.

—Ahora lo entiendo mejor, —dijo Anita.

—Cuando desde la orilla de un lago, de un arroyo ó de una balsa cualquiera, —continuó diciendo don Enrique, —miramos el fondo del agua, nos parece que es ménos profundo de lo que realmente es.

—Eso sí que lo he observado, —dijo Rosita. —El otro día se me cayó en el pilon del surtidor que hay en el jardín una de mis tacitas, me pareció que podia cogerla con sólo meter el brazo en el agua hasta el codo, y no pude alcanzarla ni áun metiéndolo hasta el hombro. ¿En qué consiste eso?



—En la refracción de la luz,— contestó su papá.—Los rayos que parten del objeto situado en el fondo del agua, al llegar á la superficie de ésta, como pasan á otro medio ménos denso, como es el aire, se refractan y nos hacen ver dicho

objeto como si estuviese situado á continuación de los rayos refractados, y por consiguiente, más alto de lo que en realidad está.

(Se continuará.)

CELSO GOMIS.

UNA RONDA DE JABALÍES.

—Escribe un cuento para este grabado,—me dijiste enseñándome un jabalí sujeto por unos perros, dibujados en un pedazo de boj.

No podía suponer que esta broma tuya trajera á mi memoria una escena que presencié hace años, y que recuerdo todavía, no sin estremecerme.

Así, pues, te complazco; pero ten entendido que el cuento que me pides es una historia.

Convaleciente de una penosa enfermedad; marché á un pueblecillo de la provincia de Cáceres á restablecer por completo mi salud.

Un antiguo amigo de mi padre habitaba una casa de campo en las frondosas vertientes de la sierra de San Pedro, y me brindó una hospitalidad tan franca y sincera como agradable.

Veterano y entusiasta cazador, sólo habían podido poner coto á sus peligrosas excursiones venatorias

sus setenta años cumplidos y una gota pertinaz que le obligaba á buscar el cariñoso apoyo de un hermoso muchacho, nieto suyo, que le acompañaba largas temporadas en aquel retiro, bastante á hacerle agradable el recuerdo de sus alegres mocedades.

Llegué al caserío al anoecer de una apacible tarde de otoño; el aspecto pintoresco del país, lo benigno del clima y el ambiente puro que se respiraba daban á mi ánimo cierto bienestar, augurio feliz del alivio que poco despues conseguia.

—Bien venido á este tranquilo destierro,—dijo el venerable anciano, ayudándome en lo que le fué posible á descender de mi humilde cabalgadura; al propio tiempo que separaba cuidadosamente al travieso Fernando, que ya intentaba probar los bríos del docilísimo jumento.

—Bien venido si sólo buscas sa-

lud, tranquilidad y cariño. Todo lo encontrarás entre nosotros. — Y al decir esto me abrazó por segunda vez.

A los pocos minutos me encontraba como en mi casa. Fernando, niño de unos ocho años, era ya mi amigo, y con la verbosidad y vehemencia propia de su edad, me presentaba á grandes rasgos el programa de lo que estaba preparado para hacerme agradable la temporada. Ascension á la sierra; visitas á los pueblos circunvecinos; partidas de caza, todo en confuso tropel salió de los labios del encantador Fernando, mientras su abuelo sonriendo le acariciaba, teniéndole sentado sobre sus rodillas.

La luna salió en aquel instante como brotando de las espesuras de la sierra; su pálida luz reflejó sobre las seculares y sombrías encinas; los mil insectos que pueblan aquellas dehesas dejaron oír sus voces confusas y monótonas, y las armonías y tristeza de la noche influyeron un momento sobre nuestro ánimo.

—Estamos tristes según parece,—dijo D. Julian;—la inacción es el mayor enemigo de la alegría; demos un paseo.—Y cogiendo un grueso baston me ofreció graciosamente el brazo, que acepté; empujó con cariño á Fernando, y sacando del bolsillo de su chaleco de ante un pito de hueso, dió un prolon-

gado silbido que debió oírse á larguísima distancia. A los pocos instantes de emprender la marcha noté que un perro nos precedía.

—Titan,—dijo D. Julian suspirando,—ha sido un famoso alano de *sujeta*. Resto de mi antigua recova, lo conservo por los servicios que me prestó en mis últimos años de cazador. Su valor no ha tenido compañero, su inteligencia y fidelidad han admirado á esta comarca; pero el pobre, como su amo, vegeta tristemente sólo como espectador de las proezas de sus compañeros; está inútil.

Al decir esto, el fiel alano, pareciendo comprender que de él se ocupaban, se acercó á nosotros pausadamente, frotando su enorme cabeza contra mis rodillas.

El perro era, sin duda, imponente.

Lo acaricié con cierto respeto, que pareció serle indiferente, y siguió delante de nosotros, demostrando en sus pesados movimientos la verdad de las palabras de su amo.

Llegamos á una fuente, fin, al parecer, de nuestro nocturno paseo, y tomando asiento en unos rústicos bancos que la rodeaban, versó nuestra conversacion sobre el género de vida tranquilo que ofrecían aquellas soledades y los proyectos para el día siguiente.

De repente Titan levantó la cabeza, lanzó un gruñido sordo, y

enderezándose sobre sus nerviosas manos, pareció escuchar algo que todavía no llegaba á nuestros oídos.

Pocos momentos despues, los ecos de la sierra repetian los sonidos lejanos de un cuerno de caza.

—Cazan á ronda, es decir, á diente, —dijo D. Julian, dirigiéndome una mirada inquieta.

La incertidumbre de la mia demostró al anciano que no le entendia.

—Este género de caza, la más expuesta, —continuó D. Julian, —se verifica en estos momentos por los cazadores del contorno. Los podencos sueltos ventean al jabalí que baja por las noches á estos llanos á comer el fruto de la encina. Esos *latidos* lejanos denotan que lo han encontrado y lo persiguen; pero todavía no han dado la señal de *parado*, en cuyo momento será acosado y sujeto por los alanos compañeros de Titan, si es que logran vencerle. Entónces el cazador lo degüella con su cuchillo. Desgraciado aquel que en estos momentos se encuentre al paso de la fiera; ésta, que no conoce obstáculo en su huida, hace pedazos cuanto encuentra delante.

No bien habia concluido de pronunciar esta frase, cuando por el mismo sendero que nos conducia al caserío, y en direccion contraria á la nuestra, ví una forma oscura que rápidamente avanzaba. Tenía-

mos al terrible jabalí á pocos pasos de nosotros.

La espesura del bosque nos impedía dejar libre el paso de la fiera. Fernando iba delante sin observar el peligro que le amenazaba. Don Julian, que lo comprendia, dió un grito de espanto. Su auxilio era tan impotente como el mio. No habia tiempo para socorrerle.

—¡Dios mio! exclamé, y me lancé sin embargo hacia el muchacho.

—¡Titan! —dijo el viejo con voz briosa imitando mi movimiento.

Fernando estaba perdido y caia desvanecido al alcance de los colmillos de la fiera.

Rápido como el rayo, el fiel alano, al oír la voz de su amo, dió un salto y se interpuso entre Fernando y el jabalí, abalanzándose á la cabeza del animal: se oyó un sordo gruñido y un ladrido de dolor. La lucha habia empezado, y me fué posible recoger del suelo al pobre niño y retirarnos precipitadamente á la casa.

Al dia siguiente me desperté sobresaltado y calenturiento. Los sucesos de la noche anterior se me representaban, en mi estado de debilidad, como el recuerdo de una horrible pesadilla.

Oí ruido de voces confusas en el patio de la casa; salté del lecho y me lancé á la ventana de mi cuarto.

El cuadro que se presentó á mi vista fué el siguiente:

D. Julian, llevando de la mano á su nieto, presenciaba la cura que se operaba por un criado sobre el valiente Titan, que con la paciencia del fuerte se inclinaba, para que, punto tras punto, cosieran la ancha herida que casi rodeaba su nervudo cuello. Aquel extraño ven-

daje no producía un quejido en el paciente.

Un poco más allá, multitud de alegres cazadores contemplaban entusiasmados el cadáver de un enorme jabalí y contaban de diversos modos y en bulliciosa gritería, el cómo lo encontraron siguiendo la pista de los podencos, sujeto por el valiente Titan.— ¡Yo fuí quien le



mató!—gritaba un robusto labriego blandiendo un ensangrentado cuchillo de monte.

Del mal al ménos, me dije entonces, recordando lo sucedido; esto servirá de escarmiento al señor D. Julian y quedará curado por completo del resto de sus peligrosas aficiones; ¿pero cuál no sería mi asombro al oírle exclamar lleno de entusiasmo y alegría, mientras acariciaba al hermoso perro:

—Bien, mi valiente Titan, te

portaste como siempre; pero esto me hace pensar que nuestra retirada ha sido algun tanto prematura. Así, pues, señores, mañana por la noche cazaremos á ronda.

—¿Y yo, y yo?—dijo Fernando.

—Tú...—le contestó el anciano,—tú... irás montado á la grupa del caballo de tu abuelo.

—Está visto, pensé para mis adentros, los cazadores son los locos más incorregibles.

F. G.



LA GALANTERÍA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

PERSONAJES.

—
 LAURA, *niña de 12 años.*
 PEPITA, *id. de 10.*
 EL MARQUÉS, *de 40 á 50 años.*
 GONZALO, *id. de 13.*
 TOMÁS, *idem id.*
 PERIQUITO, *id. de 10.*

ACTO ÚNICO.

Decoracion de selva. A uno de los lados un banco de piedra. Varios chicos en formacion, con gorras y galones de papel y cañas por escopetas. Gonzalo llevará insignias de coronel y Tomás de capitán.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, PERIQUITO, TOMÁS y varios chicos.
 GONZ. Descansen... ¡arm! Está bien.
 Celebro que el batallon
 Se encuentre en tan buen estado

Por más que no es el mejor.
 Pero, á ver, ese recluta,
 (Por Periquito, que estará sin gorra.)
 Dos pasos al frente.

PERIQ. ¿Yo?
 GONZ. Sí, señor.

PERIQ. Presente, mi Coronel.
 (Adelantándose y quedando cuadrado con seriedad.)

GONZ. Hombre de Dios,
 ¿No se le cae la cara
 De vergüenza?

PERIQ. (Con naturalidad despues de pasarse la mano por la cara.)
 No, señor.

GONZ. ¿Qué ha hecho usted del képis?
 PERIQ. ¡Qué!
 (Se lleva las manos á la cabeza.)
 ¡Se me ha perdido!

GONZ. ¡Oh baldon!
 (Carcajadas en las filas.)
 ¡Silencio en las filas!

TOMÁS. Vaya,
 Que te has puesto de un humor...

GONZ. Señor capitán, silencio
 Y más subordinación;
 Pues si vuelve á tutearme,
 Usaré de tal rigor
 Que le cueste los galones
 Como dos y una son dos.
 (Vuelven á reirse en las filas.)

GONZ. ¿Otra vez?
 TOMÁS. ¿Quién no se rie
 Ante esa equivocación?
 Dos y una son tres.

GONZ. ¡Silencio!
 Aunque diga algún error,
 Soy el jefe, mando y
 Cartuchera en el cañon.
 Usted, recluta, á las filas:
 Y para que otra vez no
 Se presente de ese modo
 En ninguna formación,
 Se constituirá en arresto
 Mañana de sol á sol.
 Ahora escuchad el motivo
 De la precipitación
 Con que he juntado la fuerza
 En estos lugares hoy.
 Volviendo ayer del colegio
 Pilarcita y Leonor,

Mis hermanas, y con ellas
 Rosario, Luz y Ascension,
 Al llegar á esta pradera,
 De la espesura salió
 Una turba de chicuelos
 De un aspecto hasta feroz,
 Y arremetiendo á las cinco
 Los granujas ¡voto á brios!
 Las despojaron de todos
 Sus objetos de labor.
 En vista del atropello,
 He formado el batallon
 Para castigar del modo
 Que merecen, con rigor,
 A esos viles si su escándalo
 Tuviera repetición.
 Compañeros, ¿jurais todos,
 Como leales que sois,
 Defenderlas con bravura,
 Y hasta morir con honor,
 Si las hacen esos perros
 Objeto de otra agresión?

TODOS. ¡Sí, sí!

GONZ. Gracias. No esperaba
 Méns de vuestro valor.

UNO. ¡Que vienen!
 (Se desbanda el batallon con el mayor desorden, quedando sólo Gonzalo en medio de la escena.)

GONZ. ¡Oh cobardía!

UNO. Si ha sido una broma.

GONZ. (Con cómica desesperación.) ¡Oh!
 (Vuelven todos á formar, riéndose unos de otros.)

GONZ. ¡Cobardes! No sospechaba
 Semejante decepción,
 Y desde ahora renuncio
 De mandaros al honor,
 Pues para cualquier empresa
 Me basto y me sobro yo.
 ¡Rompan filas!

TODOS. ¡Bravo, bravo!
 (Se desbandan en todas direcciones, quedando solos en escena Gonzalo y Tomás.)

GONZ. ¡Se disuelve el batallon!

ESCENA II.

GONZALO y TOMÁS.

GONZ. ¡Has visto qué cobardía!
 TOMÁS. Despues de todo, Gonzalo,
 Tienen razon; son muy brutos

Esos chicuelos del campo.
Además que con nosotros
No va nada...

GONZ. ¿Qué has hablado?

TOMÁS. Digo bien; si á las chiquillas
Se han atrevido, dejarlos,
Y que se defiendan ellas,
Ó haber nacido muchachos.

GONZ. ¡Qué disparate!

TOMÁS. Si ¿eh?

¿Hay nada más antipático
Que las niñas, todo mimo
Y repulgos y cuidado?
En la mesa para ellas
Lo mejor; en el teatro
El lugar más preferente,
Como verás en los palcos;
Ellas delante y nosotros
Alargando el cuello un palmo
Para ver escasamente
Media vara de tablado
Y distinguir al galan
Por las plumas de su casco.

GONZ. La preferencia es muy justa.

TOMÁS. Es irritante, Gonzalo.

¿Por qué en misa, por ejemplo,
Mientras te caes á pedazos
Sobre los piés, han de estarse
Sentaditas descansando?

¿Por qué no siguen carrera
Un año tras otro año
Del colegio al instituto

Como *cada quisque*, vamos?

No, señor, desde la escuela
Cuelgan los libros y trapos,
Y á no ser por las lecciones

De dibujo ó de piano,

Con pretexto de que bordan
Ó hacen puntilla de gancho,

Se pasan el tiempo una
Mano sobre la otra mano.

Esto no es justo, caramba.

Yo dejé el año pasado

La escuela, y en seguidita,

Sin darme apénas descanso,

Me matriculé en primero

De latin y castellano.

Por cierto que en Junio tuve

Un disgusto para rato.

Me suspendieron... ¡infames!

Casi lloro al recordarlo....

GONZ. ¿Y en Setiembre?

TOMÁS. Fué otra cosa;

(*Afligido.*)

Entonces... me reprobaron.
Con que ya ves si se ahorran
Pesares y sobresaltos
Las niñas: ¡quién fuera niña!...
Sobre todo á fin de Mayo.

GONZ. ¿Y por eso no las quieres?

TOMÁS. Por eso mismo, está claro.

Yo á mis hermanas las quiero
Porque al cabo soy su hermano,
Pero me dan una ira...

¡Por qué nací yo muchacho!

GONZ. Pues la preferencia es justa
Aunque digas lo contrario;
Al fin son del sexo débil.

TOMÁS. ¿Del sexo débil?

GONZ. Exacto.

TOMÁS. Si vieras á mi criada
No lo dirías, Gonzalo,
Pues de seguro que puede
Atravesar con un carro
De mudanzas ella sola
Desde el Retiro á Palacio.

ESCENA III.

DICHOS y LAURA y PEPITA, por la derecha, llevando cada una al brazo una pequeña cesta.

GONZ. Calla, aquí vienen las dos
Hijas del señor Marqués.

TOMÁS. Pues quedad aquí los tres.

GONZ. Pero te marchas...

TOMÁS. Sí, adios.

GONZ. No lo consiento. (*Le detiene.*)

TOMÁS. ¡Gonzalo!

GONZ. Que no te vas aunque quieras.
¡Marcharte! Si tal hicieras
Merecerías un palo.

LAURA. Buenos dias, amiguitos.

GONZ. Señoritas... (*Saludando.*)

TOMÁS. ¡Qué cargantes!

PEP. ¡Qué uniformes tan brillantes!

LAURA. Es verdad, son muy bonitos.

PEP. Yo tengo un primo cadete,
Pero de verdad.

GONZ. ¿Si?

PEP. Sí.

TOMÁS. (Chico, vámonos de aquí.)

GONZ. (¿A que te doy un cachete?)

LAURA. Avise usted otro dia
Que hagan ejercicio.

GONZ. Bien.

PEP. Yo quiero verlos tambien.
 TOMÁS. (¡Qué gracia, qué monerial!)
 GONZ. ¿Van por flores?
 PEP. Sí, por rosas
 A aquel jardin; si usted viene,
 Ya verá usted cuántas tiene,
 Y sobre todo qué hermosas.
 GONZ. Gustosos Tomás y yo
 Les haremos compañía
 Hasta allí.
 TOMÁS. (Le pegaría
 De mejor gana...) Yo no.
 LAURA. ¡Cómo!
 TOMÁS. Tengo no sé qué
 En un pié, que me molesta.
 GONZ. (¡Habrá grosero!)
 TOMÁS. Y me cuesta
 Trabajo tenerme en pié.
 LAURA. Lo siento mucho.
 PEP. Y yo más.
 LAURA. ¿Vamos?
 GONZ. Vamos.
 PEP. En seguida.
 LAURA. Que se le cure la herida.
 PEP. Que usted se alivie, Tomás.
 (Vánse por la izquierda.)

ESCENA IV.

TOMÁS.

¡Gracias á Dios! No puedo
 Con las chiquillas,
 Y aunque diga Gonzalo
 Que es grosería,
 Así me ahorquen,
 Para ninguna tengo
 Ni hago favores.
 Como despues no cambie
 De gusto y genio,
 Solterito me entierran,
 ¡Y tan soltero!
 Las holgazanas,
 Mientras sudan los hombres
 Ellas descansan.
 Los hombres estudiantes
 Cuando muchachos,
 Ellas en su casita
 Con gran regalo.
 ¿Hay una guerra?
 Pues á morir los hombres,

Pero no ellas.
 Si llego á rey un dia,
 Les digo á ustedes
 Que no van á pasarlo
 Bien las mujeres.
 Apénas mande,
 Publico una real órden
 Con este alcance:
 «Desde este mismo punto
 Mando y ordeno
 Cerrar para los hombres
 Todo colegio;
 Sólo las hembras
 Deberán desde ahora
 Seguir carreras.
 Los soldados al punto
 Se irán á casa,
 Y desde hoy las mujeres
 Lleven las armas.
 Dado en Palacio,
 En seguida la fecha,
 Tomás Camacho.

ESCENA V.

DICHO y GONZALO.

GONZ. Jamás te juzgué tan zote,
 Ni te creí así jamás.
 ¡Qué grosería, Tomás!
 TOMÁS. ¡Hombre, y tú que don Quijote!
 GONZ. Siempre tal insulto lanza
 Quien tiene su fama en poco;
 Yo seré el hidalgo loco,
 Pero tú eres Sancho Panza.
 Yo he aprendido á respetar
 A la mujer, y me siento
 Embriagado de contento
 Cuando la puedo ayudar.
 Muchas veces he soñado,
 Leyendo antiguas historias,
 Con los timbres y las glorias
 Que nos hablan del pasado.
 Me entusiasman los donceles
 Que luchaban con ardor
 Al escape volador
 De sus rápidos corceles,
 Y ansiosos de eterna fama,
 Al conquistarse renombre,
 Siempre invocaban el nombre
 De su Dios y de su dama.
 ¿Por qué se ha de aborrecer

A esos séres? Tú dirás.

TOMÁS. Porque... sí.

GONZ.

Pues qué, Tomás,

¿No has nacido de mujer?

¿Qué persona honrada has visto

Que á la mujer despreció?

¿Pues de mujer no nació

Hasta el mismo Jesucristo?

Gran amor es el que el padre

Hácia sus hijos entrega,

Pero ni iguala ni llega

Al amor de nuestra madre.

Esto no lo digo yo,

Que lo dicen libros mil

En un estilo gentil

Que en mi memoria quedó.

Desde el seno maternal,

Hasta el morir, no te asombre,

Es ella siempre del hombre

La compañera leal.

Cuando niños, sin pesares,

Nos dormimos en sus brazos,

Al calor de sus abrazos

Y al rumor de sus cantares.

Jamás un niño despierta,

Si algun dolor le importuna,

Sin hallar junto á la cuna

A su madre, siempre alerta.

Ni abra los ojos dormidos

Sin que al punto, en su embeleso,

Los vuelva á cerrar el beso

De aquellos labios queridos.

Por eso, aunque no te cuadre,

Respetá á toda mujer,

Que en todas debemos ver

La imágen de nuestra madre.

Si alguna ves ofendida,

Que no te encuentre remiso,

Y ampárala, si es preciso,

Aun á costa de tu vida.

(Se oyen dentro las voces de Pepita y Laura pidiendo socorro.)

¿Oíste? Piden socorro.

Son Laura y Pepita, sí;

Las maltratan; voy allí.

Corre, Tomás.

(Váse corriendo.)

TOMÁS.

Si, ya corro.

(Sentándose tranquilo en un banco de piedra, desde donde mira hácia el sitio por donde salió Gonzalo.)

ESCENA VI.

TOMÁS, despues el MARQUÉS.

TOMÁS. A mí no me ha enternecido.

Cómo pelea Gonzalo...

¡Andal! No llevó mal palo:

Yo creo que le han herido.

Son seis chicos contra él;

Pero ¡qué bien se defiende!

Digo, digo, cómo emprende

Dando golpes á granel.

MARQ. ¡Cómo! ¿Y usted tiene calma?

¡Vergonzoso es tal temor!

TOMÁS. No es por miedo, sino por

Que no me rompan el alma.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PEPITA, LAURA y GONZALO.

PEP. ¡Victoria! Van en huida.

GONZ. De lo lindo los zurré.

LAURA. ¡Papá! ¡Papá! mire usted,
Tiene en la mano una herida.

GONZ. No es nada.

MARQ. A ver.

PEP. Riega el suelo

Con la sangre que le cae.

GONZ. Es un arañazo.

MARQ. Trae,

Laura mía, tu pañuelo.

(Le venda con él la mano izquierda.)

Ahora, en premio á su valor,

Venga al palacio el doncel,

Y que libre escoja en él

Lo mejor de lo mejor.

Caballos, armas, en fin,

Cuanto estime y cuanto quiera,

Que no hallo mejor manera

De premiar al paladin.

¡Vamos allá!

TOMÁS. *(Yo me cuelo*

Por si algo se pesca.)

MARQ. *(Deteniéndole.)* ¡Eh!

Amigo ¿dónde va usted?

¿No es usted aquel chicuelo

Que presenció sin chistar

La batalla en ese banco?

Pues amiguito, soy franco;

Quien no ha sabido ayudar

GONZ. En tal trance á un compañero,
No es acreedor, á fe mía,
A la honrosa compañía
De un cumplido caballero.
Es verdad; así sabrás
Cumplir en otra ocasión,
Y en la ajena estimacion,
Como gozo, gozarás.

MARQ. Y así podrás aprender,
Si mi desvío te hiere,
Que es un despreciable sér
El que, pudiendo, no quiere
Amparar á una mujer.

FIN.

LA ENCINA.

FÁBULA.

Con su altura dominando
Todo el bosque en que vivía,
Una encina se veía
Al cielo desafiando;
Soberbia por ver que el viento
Ningun daño le causaba
En su fuerte tronco, osaba
Subir hasta el firmamento.
Así algun tiempo vivió,
Y despreciando la tierra
Que le dió el sér, cruda guerra
A ella y á Dios declaró;
Y sus fuerzas aumentando,
Fué su soberbia creciendo,
Y fué su copa subiendo,
Y fué su tronco engrosando;
Y mirando airada á Dios
A medida que subía,
«Pronto, muy pronto, decía,
Nos podremos ver los dos.»
Una tarde, los calores
Del fiero estío nacidos,
De la tierra desprendidos
Y trocados en vapores,
En nubes se condensaron,
Negras y amenazadoras,
Que en su seno, aterradoras
Tempestades engendraron.
Rugió el trueno con furor;

Silbó el huracan violento,
Y rasgóse el firmamento
Del relámpago al fulgor:
Las nubes se entrechocaron
Airadas, negras, rugientes,
Y sus aguas á torrentes
Sobre la sierra lanzaron.
El bosque entero tembló
Ante la tormenta fiera;
Pero la encina altanera
Sus fuertes ramas irguió,
Y de soberbia cegada
Al ver la selva temblando,
La tormenta despreciando,
Lanzó fuerte carcajada,
Y empezó una maldicion
Con acento de ira lleno...
Mas de pronto crugió el trueno
Y brilló una exhalacion;
Oyóse un fuerte chasquido
Que duró sólo un instante,
Y aquel árbol arrogante
Cayó en pedazos partido.

*Quien de su soberbia en pos
Al cielo escarnece loco,
Piense que el hombre es muy poco
Para medirse con Dios.*

VENTURA MAYORGA.



AMA Á TU MADRE.

Niño que viniste al mundo
 Con la sonrisa del ángel,
 Derramando en tus vajidos
 Dos lágrimas celestiales;
 Tú, que en el regazo duermes
 De quien su seno te abre,
 Como gota de rocío
 De la azucena en el cáliz;

Si has de pagar con usura
 Su puro amor inefable,
 Suspira cuando suspire,
 Sonríe cuando te llame...
 ¡Oh, niño, niño inocente,
 Ama á tu madre!

ANTONIO ARNAO.

FRAGMENTO.

Camino de la tumba
 Vamos andando;
 —Dígame, compañero,
 ¿Pesa su fardo?
 —Pesa muy poco,
 Porque siempre con gusto
 Lo dejé todo.

¿Y el vuestro?
 —El mío
 Pesa mucho, pues lleva
 Carga de vicios.
 La cuenta es clara,
 Cuanto más se ambiciona
 Crece la carga.

A. LLANOS Y ALCARÁZ.

ACTUALIDADES.

En el Colegio de las Escuelas Pías de San Fernando de esta corte, además de las asignaturas correspondientes á la segunda enseñanza, se podrán cursar, desde el 1.º de Octubre próximo, las que comprende la carrera de comercio.

El Colegio politécnico que dirigen en Valladolid los Sres. Vazquez Illá y Michelena, acaba de dar notoria muestra de la bondad de su enseñanza en los recientes exámenes de ingreso en la Academia militar de Caballería. Trece plazas de las treinta vacantes han sido cubiertas por los alumnos de dicho Colegio, al que per-

tenece también el agraciado con el núm. 1 en dichos exámenes,—hecho que por tercera vez se repite,—y dos de sus alumnos han sido aprobados con excelentes notas, no llegando á ingresar por haberse dado la preferencia, en casos de empate, á otros de mayor edad.

En el Ateneo de Valencia han sido objeto de una entusiasta acogida los niños Manuel y Pepito Bonet, de diez y de seis años respectivamente, el primero de los cuales promete ser una verdadera notabilidad en el violín, en tanto que el segundo le acompaña con la mayor serenidad y precisión al piano.

SOLUCIONES Á LOS JUEGOS DE IMAGINACION PUBLICADOS EN EL NÚM. 7.

Á LA FUGA DE CONSONANTES.

Ven, muerte tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida

AL ACERTIJO.

Acertijo.—Contiene las voces:
Jota, Tajo ó rio, taco, acero, oja, ijo,
jira, Creta, terco, recto, tiro.

Han acertado los anteriores juegos y recibido el libro que se prometió los niños suscritores: Doña Jesusa y Doña Encarnacion de Granda, Doña Juana Canal, D. Cayetano Cervigon, D. José Lloret y D. German Herrero, de Madrid; y Doña Cármen Gomez, de Villarrubia de Santiago.

CHARADAS.

I.

Para que la *tercia* y *prima*
Cuarta y *primera* en el pueblo,
Y darle un *segunda* y *tercia*
De buen mosto, y al momento
Con un *todo* á los vecinos
Debe el Alcalde dar recio.

II.

Con entusiasmo el niño
Prima y *segunda*
En chocolate ó leche
Que despues chupa.
Y *segunda* y *tercera*
Gente gitana,
Dice en cuanto ve alguno
Que traga y traga.
Una *tercia* y *segunda*
Me tiene malo,
¡Vaya una cinturital

Y ¡vaya un garbo!

De los mares mi *todo*
Procedió siempre...
Y ya os he dado señas
Muy suficientes.

III.

Siendo *prima segunda*
Digo que nones,
No me valen consejos
Ni reflexiones;
Mas *cuarta tercia*
Si me da alguna niña
Quinta tercera.
Cuando *segunda tercia*,
Tercera quinta,
Dos con *cuarta* me ponen
A la comida,
Y con mi *todo*
Quizá iré con el tiempo
De polo á polo.

Las soluciones ántes del 22 del corriente mes.

